

Las hijas del conde loco. Libro III

VALERIAM ÉMAR

Un beso para mi

Vizcondesa

Emily Cowthland y sus hermanas estaban a punto de perder todo lo que tenían luego de la muerte de su padre. Y si ella quería recuperar su antigua vida, debía poner en marcha su plan para convertirse en la próxima duquesa de Bourklam. Pero no le sería tan sencillo debido a la repentina aparición del doctor de su tía que estaba empeñado en hacerle la vida imposible. Ella no dejaría que el vizconde Ashfiert se saliera con la suya, por más que la hubiera obligado a ser la dama de compañía de su solterona tía.

Lo que el bribón tenía de apuesto, lo tenía de arrogante. Por suerte su corazón le pertenecía a un duque y no a un vizconde. ¿Verdad que sí?

Prólogo

Hampshire, finales de abril de 1815

TAL VEZ si su hermana Eleonor pusiera más entusiasmo en la búsqueda del tesoro, ellas lo encontrarían antes que todos. Por tradición, su padre había convertido en costumbre realizar la búsqueda de tesoro en Green Hills antes que comenzara la temporada en Londres. Donde la familia y los sirvientes eran obligados a participar. El conde de Cowthland no era igual que la mayoría de la nobleza, no le importaba relacionarse con personas menores a su rango. Y esa era una de las tantas razones por la que él no era bien recibido por la aristocracia. A pesar de todas las locuras y excentricismo del conde, ella adoraba a su padre.

Esa temporada sería presentada en sociedad junto a su melliza y estaba segura que iba a extrañarlo cuando tuviera que abandonar Green Hills para casarse con el futuro duque de Bourklam. Esperaba que su futuro marido no fuese como la mayoría de la nobleza. ¿Y si él le prohibía ver a su padre? Sacudió la cabeza. Él no parecía ser esa clase de caballero. Solían mencionarlo seguido en la sección de cotilleo de los periódicos, y lo describían como el lord descarriado. Podía imaginar sus vidas llenas de aventuras cuando se casaran. Por el momento solo había un pequeño inconveniente: el futuro duque de Bourklam todavía no sabía que ella sería su esposa.

Exhaló un suspiro lleno de expectación y luego volvió a su realidad. Sujetó los remos con más fuerza y los echó hacia atrás y hacia adelante para agilizar el movimiento de la balsa. Observó a Eleonor, su bella hermana, con los párpados entornados al recibir toda la claridad en los ojos. Eleonor luchaba con la sombrilla para proteger su porcelana piel del sol. Si existía algo que de verdad la divertía, era hacer enfadar a sus hermanas. Ellas no se tomaban nada en serio la búsqueda del tesoro. Lo consideraban aburrido y una pérdida de tiempo. Era consiente que su padre lo escondía en el mismo sitio todos los años, pero estaba convencida que él lo hacía para disfrutar un día entero con sus queridas hijas. ¿Y quién era ella para arruinar su diversión?

—¿Crees que papá haya escondido el tesoro en el fondo del lago? —preguntó en un tono serio, y haciendo un gran esfuerzo para no reírse en frente de su hermana.

Eleonor puso los ojos en blanco.

—Apuesto a que lo encontraremos en la cabaña, como el año pasado y el anterior, y el anterior del anterior, y...

Ella resopló. El conde de Cowthland no les exigía a sus hijas muchas cosas, prácticamente tenían la misma libertad como si fuesen hijos varones, ¿entonces era tan difícil fingir por un día que no sabía dónde estaba el tesoro?

—Pero este año será diferente —refunfuñó—. Para empezar, padre ha cambiado la búsqueda de la tiara de mamá por nuestras dotes —le recordó.

Eleonor tensó los hombros.

—¡Padre ha perdido la cabeza por completo! —exclamó—. ¿Acaso no te has puesto a pensar que sucedería si uno de nuestros empleados se sintiera tentado por semejante suma de dinero y hallara el tesoro antes que nosotras y se fugara con él?

De hecho, ni siquiera se le había ocurrido algo semejante.

—Eso nunca sucederá —respondió con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo estás tan segura?

¿Por qué estaba tan segura? Porque su padre podría estar loco, pero nunca haría nada para poner en peligro su seguridad, ¿verdad que no? Tragó saliva.

—¿Sabes Eleonor? Eres demasiada aburrida para dar un paseo en bote, debí pedirle a Emma que me acompañara.

Emma era su melliza, y ella había preferido hacer la excursión sobre tierra.

—En cambio yo la estoy pasando muy bien —replicó Eleonor, cambiando la sombrilla de mano—. ¿Podrías remar más rápido, cariño?

Sus hermanas siempre tenían la habilidad de hacerla sentir como una niña pequeña. Apretó los labios y se puso de pie, haciendo equilibrio en medio del bote para no caerse al lago. Hizo un movimiento brusco para que la balsa se balanceara hacia los lados. Eleonor no sabía nadar, y si había algo que la asustaba era caer al agua. A su hermana se le escapó un grito de los labios. La amenazó con golpearla con la sombrilla si no se detenía y le remarcó que se estaba comportando como una cría. Tal vez ella tuviera razón, pero la satisfacción que sentía de ver a Eleonor un poco más fea con su cara de susto, no se lo quitaría nadie. Resopló. ¿A quién quería engañar? Su rostro ni si quiera se veía feo con su cara de susto. Estaba segura que si su madre viviera, estaría orgullosa de Eleonor. Ella era la dama perfecta: educada, obediente y muy hermosa.

Regresó a su asiento ceñuda, cuando Mery, el ama de llaves, le pidió que dejara de molestar a su hermana. Mery había sido como una madre para todas ellas y el conde le había dado la libertad de reprenderlas cuando fuera necesario.

—Debes cambiar tu comportamiento si pretendes hallar un marido esta temporada —la regañó Eleonor, mientras recuperaba el color de sus mejillas.

Y se lo decía precisamente la dama que había tenido miles de pretendiente y aún no se había casado. Su familia

había esperado que fuese Elizabeth, su hermana mayor, la que regresara de Londres sin ningún candidato. A Lizzy no le gustaba seguir las normas, y los caballeros preferían esposas sumisas y obedientes. Su padre siempre recalcaba que las dos se parecían, pero a diferencia de Elizabeth, ella sí quería casarse. Sujetó los remos de la balsa y le lanzó a Eleonor una mirada ceñuda.

—Comportarse como una dama virtuosa y perfecta no garantiza encontrar un marido —dijo—. De lo contrario, tú ahora estarías casada Eleonor. Si mal no recuerdo, fuiste toda una sensación en tu presentación, pero regresaste de Londres sin un anillo.

Observó una mueca de dolor en el rostro de su hermana y se arrepintió de haberle dicho eso. Estaba segura que algo le había sucedido en su presentación en sociedad, pero Eleonor era demasiada reservada para hablar de sus sentimientos.

—Porque no hubo ningún candidato que me interesara. Sacudió la cabeza.

—¡Pero tuviste miles de candidatos!

—Y eso no significa que me viera obligada a casarme con uno de ellos.

No pudo mantener la boca cerrada y le dijo acerca de la vez que escuchó a Lizzy leer la carta que ella le había enviado de Londres en donde escribía que se había enamorado de un caballero. Y por supuesto Eleonor lo negó rotundamente. Y por supuesto la reprendió por oír detrás de las puertas. Pero ella le dejó bien en claro que por ningún motivo seguiría su ejemplo o el de Lizzy de no aprovechar su primera temporada, porque no terminaría convirtiéndose en una solterona como su tía Jocelyn, la hermana menor de su padre. La pobre vivía en una pequeña casa en Bristol, luego que el antiguo conde de Cowthland la echara de Green Hills por haber dejado plantado en la iglesia a quien iba a ser su marido. Su padre se había apiadado de su her-

mana y la había provisto de una mensualidad luego de que se convirtiera en el nuevo conde de Cowthland.

—No me importaría parecerme a lady Jocelyn —musitó Eleonor—. Pero si tu deseo es casarte, deberías cuidar un poco más tu comportamiento, Emily. Por lo menos cuando estés delante de otras personas.

Puso los ojos en blanco. Sus hermanas siempre se ponían del lado de lady Jocelyn cuando les recriminaba que no terminaría siendo una solterona como ella. Consideraban a su tía como una especie de heroína por haber enfrentado a su familia al no casarse con un hombre que la triplicaba en la edad. ¡Pero ella se hubiera convertido en una duquesa si lo hubiera hecho! Respiró hondo. Por ningún motivo seguiría el ejemplo de lady Jocelyn. Ella sí sería una duquesa. Alzó el mentón y respondió:

—Estoy segura que cuando el futuro duque de Bourklam me conozca, le gustaré tal cual soy.

Eleonor sacudió la cabeza. De repente, su hermana palideció de golpe.

—Algo le sucede a papá... —expresó—. ¡Regresa a la costa Emily!

—¡Oh, vamos, Eleonor! —lanzó—. Debe ser una de las tantas bromas de padre.

—No parece que él esté bromeando ahora —gruñó Eleonor, quitándole los remos de las manos y comenzó a dirigirse hacia la orilla.

Miró hacia adelante y observó a su padre tirado sobre el suelo boca arriba, y a Lizzy corriendo hacia él. Ella dejó de sonreír. El conde no parecía reaccionar. El corazón se le detuvo. No podía esperar a que Eleonor se acercara a la costa y se lanzó al lago sin importarle que arruinaría uno de sus vestidos favoritos. Sintió que nunca antes había nadado tan rápido, a pesar que la ropa mojada se lo hacía más difícil. Escupió el agua que había tragado cuando llegó a la orilla, y luego corrió hacia el conde, rogando que fuese una de

sus tantas bromas. Se arrodilló a un costado de su padre y le sujetó una mano. Él alcanzó a sonreír cuando la vio.

—Estás mojada pequeña... —susurró.

—Oh, papá, por favor dime que te pondrás bien —le suplicó.

—Prométeme... prométeme...

Ella se inclinó hacia él.

—¿Qué cosa papá?

—Prométeme que ayudarás... a t-tus hermanas a que sean f-felices —ahuecó una mano en su mejilla—. Mi Emily... mi vivaz y alegre h-hija. Haz que tus hermanas no se olviden de sus s-sueños.

Ella asintió y lo abrazó apoyando la cabeza contra su pecho.

—Te lo prometo, papá —dijo, secándose una lágrima de la mejilla—. Pero no será necesario porque tú...

Sintió el llanto desesperado de sus hermanas a sus espaldas. Alzó la vista y se dio cuenta que su padre había cerrado los ojos.

El conde de Cowthland había muerto.

Capítulo 1

Bristol, marzo de 1816

LADY Jocelyn Cowthland había sido su primera paciente cuando llegó a Inglaterra y, a decir verdad, era una de las pocas que aún seguía atendiendo. Desde que él se había convertido en el nuevo vizconde Ashfiert, sus responsabilidades habían aumentado y apenas le quedaba tiempo para atender a las personas. Pero siempre podía hacerse un lugar para Lady Jocelyn. Ella había sido una buena amiga de su madre antes de que se mudara a Italia junto a su padre, luego de que el antiguo vizconde Ashfiert no aprobara la relación de su hijo con una simple costurera.

Su abuelo había desheredado a su hijo, pero no había tenido la misma contemplación con su nieto. Él lo supo cuando un notario fue a buscarlo a Italia después de su fallecimiento y le hizo saber que era su único heredero. Y de no ser que existían personas que dependían de él, hubiera rechazado todo lo que venía del hombre que había hecho que sus padres se exiliaran de Inglaterra.

—No era necesario que vinieras Sebastián —murmuró lady Jocelyn—. Sé que últimamente andas muy ocupado y apenas tienes tiempo para visitar a una pobre anciana. El párroco nunca debió irte con el chisme.

Levantó una ceja mientras sujetaba su muñeca para sentir sus pulsaciones. Ella era consciente de que el párroco no iba a quedarse callado, sobre todo si prácticamente le había dicho que se estaba muriendo. Sonrió. Pero no podía

enfadarse con ella. Lady Jocelyn se había transformado en su única familia en Bristol. Tenía tíos y primos, pero lo miraban como si él fuese un usurpador. Nunca imaginaron que su abuelo iba a dejarle todo a él.

—Lamento no tener el tiempo suficiente para venir a visitarla más seguido, lady Jocelyn, pero siempre haré lo posible para hacer un espacio para usted miladi.

Lady Jocelyn hizo una mueca.

—Tuve que decir que me estaba muriendo para que vinieras a visitarme —le reprochó.

Él entornó los párpados.

—¿Debo entender que lo del párroco fue hecho deliberadamente? —musitó en un tono inocente.

Lady Jocelyn puso los ojos en blanco.

—No finjas conmigo muchacho —replicó—. No me ha quedado otra opción que recurrir al chismoso del párroco para que vinieras. Últimamente parece que te has olvidado de esta anciana.

Él le soltó la muñeca y arrastró una silla hasta la orilla de la cama.

—Y nada de esto sucedería si aceptaras finalmente mi propuesta de vivir conmigo —respondió—. Tengo una casa lo suficientemente grande para alojar a un batallón si quisiera.

—Pero me gusta vivir en mi casa —replicó.

Él la miró con ternura. Ella era una mujer soltera por elección, su padre la había confinado en una pequeña casa en Bristol luego de que hubiera huido de su boda. En cierto modo, los dos tenían historias similares, con diferencia que lady Jocelyn contaba con un querido hermano que había fallecido hacía sólo unos meses, y tenía cuatro maravillosas sobrinas de las que hablaba todo el tiempo. Lástima que dichas sobrinas no se habían aparecido ni una sola vez durante los tres años que él estaba viviendo en Bristol. ¿Qué clase de personas dejaban sola a una anciana? Por

más defectos que ella pudiera tener, no se merecía ese desprecio. Su único error había sido elegir su felicidad.

—Lo sé, pero ya no puede vivir sola, miladi —dijo—. Además, me sería agradable contar con la compañía de una mujer.

Lady Jocelyn le lanzó una mirada suspicaz.

—Si deseas contar con la compañía de una mujer, ya sabes lo que debes hacer Sebastián —repuso—. Debes conseguirte una esposa —agregó.

—Lo dices como si fuese muy sencillo —murmuró—. Lo haré cuando encuentre a la mujer correcta.

Ella le sujetó una mano y se la apretó.

—Pero no te queda mucho tiempo, Sebastián —expresó—. Si mal no recuerdo, tu abuelo te dio cinco años para que te casarás y trajeras un heredero, o de lo contrario, te olvidarías de tu herencia —sacudió la cabeza—. Hasta después de muerto ese maldito se las ingenió para hacerte la vida imposible.

—Si no llegara a cumplir las expectativas que impuso mi abuelo en su testamento, no me molestará regresar a mi antigua vida en Italia —repuso—. Es más, desearía que nada de esto hubiera sucedido.

—¿Y también de no haberme conocido?

Él se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Usted has sido lo único bueno de todo esto, miladi.

—Tu madre fue una buena amiga y tenerte aquí conmigo me hace sentirla cerca —dijo en un tono melancólico—. Mi corazón se rompió cuando ella tuvo que irse a Italia, pero en ese entonces yo era más joven y pude sobrellevarlo, pero si tú regresas a tu antigua vida, no sé si mi corazón podrá resistirlo, querido.

—Siempre podrá venir conmigo, miladi —le ofreció.

—¿Y que esta anciana se convierta en una carga para ti? —inquirió—. No, no haré tal cosa, muchacho.

—Usted nunca sería una carga para mí, miladi.

—Pero si consiguieras una esposa nuestros problemas desaparecerían.

Él se reclinó en la silla y se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—Lo dice como si pudiese conseguir una esposa en una tienda. No es tan sencillo, lady Jocelyn, sobre todo cuando las damas de aquí te miran como un usurpador. Un vizconde que salió de las piedras, que no estudió en las mejores escuelas y que apenas sabe relacionarse con la nobleza.

—No te menosprecies, muchacho, eres inteligente, apuesto y, sobre todo, muy rico. Te aseguro que las damas de aquí han visto ese pequeño detalle.

Hizo un mohín.

—¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor? No quisiera a mi lado a una mujer que se case conmigo solo por mi dinero.

Lady Jocelyn se encogió de hombros.

—Tal vez si...

—¿Conociera a una de sus sobrinas? —terminó él—. Ya he oído eso antes.

—Entonces deberías hacerme caso —farfulló—. Mi hermano, a pesar de haber tenido que criar solo a sus cuatro hijas, a criado muchachas encantadoras, inteligentes y hermosas. Estoy segura que terminarás perdiendo la cabeza por una de ellas. ¿Acaso no me crees?

No dudaba de su palabra. Lady Jocelyn, aunque fuese una anciana, seguía siendo una mujer hermosa. Tenía el cabello blanco, algunas arrugas en el rostro y unos grandes ojos azules; que según ella era la característica de los Cowthland. Suspiró. Quitarle de la cabeza la idea de emparentarlo con una de sus sobrinas cada vez se le estaba haciendo más difícil.

—Le creo miladi, pero sus sobrinas viven en Hampshire y no puedo aparecerme por su casa y decirles que una de ellas se convertirá en mi esposa —le explicó—. Y por lo que usted me ha hablado sobre ellas, estoy seguro que sus so-

brinas me arrojarían los perros de inmediato al oír la intención de mi visita.

—Oh, mi querido, a veces creo que eres demasiado obtuso. Por supuesto que no te aparecerás por su casa y le dirás eso, puedes decirle qué eres mi doctor y que has ido a avisarles que estoy muy enferma.

—En otras palabras, usted me está pidiendo que les mienta.

—Una pequeña mentirilla no matará a nadie, muchacho, además, tú sí eres mi doctor —se defendió—. Necesitas una esposa y yo necesito que te quedes en Bristol. Sólo te pido que las conozcas, y si ninguna de ellas te parece lo suficientemente interesante para convertirla en tu esposa, entonces no volveré a tocar el tema.

Él se levantó de la silla y cogió la chaqueta que había colgado en el respaldo y se la puso.

—Lo único que le puedo prometer, es que lo pensaré, miladi.

—Y por el momento eso es suficiente para mí.

Él ya se había hecho a la idea de que regresaría a Italia cuando se cumplieran los cinco años y perdiera la herencia de su abuelo. Regresar a su antigua vida no le pesaba, pero le pesaba el hecho de tener que abandonar a lady Jocelyn. Sabía que ella no se lo iba a tomar nada bien y que tampoco lo acompañaría. Pero aún le quedaban dos años para convencerla. Frunció el ceño cuando vio varios tachos con agua a un costado de la habitación.

—¿Todavía no han venido a reparar las goteras? —preguntó molesto.

—Los hombres que contrataste han venido, pero les he pedido que se marcharan.

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué diantres ha hecho eso?

—Porque regresarán cuando tenga el dinero para pagarles.

—El trabajo de esos hombres ya estaba todo pago, miladi —dijo a través de los dientes.

—No quiero tu limosna, Sebastián —contestó—. Que sea una anciana no significa que no pueda mantenerme.

—Sólo es una anciana orgullosa —replicó—. Si no acepta mi propuesta de vivir conmigo, entonces aceptará que arregle su casa. Bien sabes que es como mi familia y que haría cualquier cosa por usted, miladi.

—¿Cualquier cosa?

—Sí, cualquier cosa —afirmó—. No quiero que este techo aplaste a la única persona que me queda. Juro que, si no me permite que la ayude, la llevaré a vivir a mi casa a la fuerza si es necesario. Y eso también incluye que aceptará nuevamente a su dama de compañía porque no se quedará sola en esta casa.

Ella abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—La muchacha que contrataste no me gustaba y creo que ella me estaba robando.

Dudaba que eso fuese cierto.

—Entonces elija usted a quien quiere como dama de compañía para ir por ella y traérsela de inmediato.

De repente, Lady Jocelyn esbozó una amplia sonrisa.

—Quiero que me traigas a una de mis sobrinas.

Él le lanzó una mirada llena de advertencia.

—¿Acaso está jugando conmigo?

—Si quieres que tenga una dama de compañía, solo aceptaré a una de mis sobrinas. Quiero una persona de confianza —se cruzó de brazos—. Es eso o nada.

—¡Sus sobrinas viven en Hampshire! —gruñó.

—Vamos, muchacho, así mataras dos pájaros de un tiro. Tendré mi dama de compañía y tú tendrás a tu esposa.

Él apretó los puños a los costados del cuerpo.

—A veces usted es una mujer insufrible ¿lo sabía verdad?

—Hace un momento dijiste qué harías cualquier cosa por mí.

Ella lo había arrinconado contra la pared y le había hecho tragar sus propias palabras. Soltó una maldición. La señaló con un dedo y luego lo bajó.

—Si no la quisiera tanto, juro que...

Giró los talones y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde crees que vas? —le cuestionó ella.

Se detuvo y la miró por encima del hombro.

—A arreglar mis asuntos antes de marcharme a Hampshire.